

¿QUÉ SOSTIENE LA ESTRUCTURA?

Guy Le Gaufey¹

“Yo es lo que yo digo”

(Anónimo siglo XX)

¿Nunca conocemos lo singular, lo individual? Ciertamente, lo percibimos por nuestros sentidos, e incluso solo percibimos eso. Pero, ¿Cuáles son las vías que tiene nuestro intelecto para conocer lo que nos libran nuestras percepciones? Forzosamente hay solución de continuidad allí, porque, de separar el conocimiento místico, es necesario convenir que todo conocimiento existe para nosotros solamente articulado en un lenguaje que no está en la prolongación directa de nuestras percepciones. Para conducir nuestras percepciones a un conocimiento (transmisible), aplicamos categorías completamente heterogéneas a aquello que nos viene desde “el exterior”. Si digo de tal objeto que es blanco –sea esto verdadero o falso- hago uso, a propósito de un objeto singular, de una categoría que no tiene absolutamente nada de singular puesto que ella es, simplemente universal.

Si se acepta todavía que la enfermedad mental es una enfermedad del pensamiento, no me parece superfluo que nos detengamos en un cierto número de consideraciones que clásicamente se dicen “epistemológicas”, en las que se determina el posible rigor de un pensamiento. Por lo tanto, he aquí justamente lo que es requerido por la ambición de decidir mediante un decir (teórico) sobre otro decir (sintomático). A priori, el primero no vale más que el segundo, pero tiene para sí el de querer ser comunicable a una comunidad, esto le impone obligaciones de las que nosotros, de entrada, buscaremos mensurar.

El realismo en intensidad y el nominalismo en acto

¿Qué correspondencia puede haber entre los conceptos universales y las realidades singulares?

Esta cuestión, planteada desde el origen de la filosofía, está en el corazón de los debates escolásticos, y para penetrar los arcanos – aunque sea sucintamente- es necesario captar el desprecio que nos ha sido inculcado por Voltaire y Co. en relación a estas discusiones, ricas de todas las contradicciones que todavía en la actualidad son las nuestras.

¹ Traducción de Juan Alberto Manino. Diciembre de 2011

En un primer tiempo (para fijar las ideas digamos: al comienzo del siglo XIII), la cuestión es reglada en un giro de manos por eruditos altamente considerados como un Alberto el Grande (el principal maestro de Tomás de Aquino) que, apoyándose sobre un Aristóteles reducido a algunos textos mal transmitidos, afirma francamente: nosotros nunca tenemos algún conocimiento de lo singular. No tenemos conocimiento sino de lo universal, y es en la adecuación o la inadecuación de tal propiedad universal a tal objeto singular, concreto, percibido por nosotros, que es necesario buscar la verdad de nuestros juicios sobre el mundo. En suma, la ciencia no aspira más que a lo universal, y no hay más conocimiento que el científico.

Este punto de vista masivo arrastra ciertamente un gran número de objeciones que están fuera del propósito de enumerarlas aquí; pero estas últimas no daban con la talla frente a la autoridad de Aristóteles, Boécio, y Averroes, que eran entonces los pilares del conocimiento. En cuanto al Platonismo que se inmiscuía también en todos estos textos, iba en el mismo sentido. Bastan los sarcasmos de Roger Bacon, célebre maestro secular en la Facultad de las Artes, hacia 1245, para despertar en poco de esta torpeza y recordar la ambigüedad de Aristóteles sobre estos delicados problemas. De resultas, todos los maestros en teología tuvieron que resolver este punto que entonces se enunciaba bajo la forma: ¿Tenemos nosotros un conocimiento *directo* de lo singular, o por lo contrario no tenemos de ello sino un conocimiento *indirecto*²? En otros términos: ¿Qué relación mantiene nuestro pensamiento con el objeto real si se lo plantea como que existe por fuera de él?

Esta es la apertura de la célebre querrela de los universales: los “realistas” sostenían allí que los conceptos universales existen independientemente de las realidades individuales; y los nominalistas, Ockham a la cabeza, afirmaba al contrario que solo las realidades individuales participan de la existencia, y que es señalando las constantes en estas realidades que producimos estos “seres” tan especiales que son los conceptos, que no tienen entonces ninguna existencia por fuera de sus actualizaciones singulares.

Pero estos conceptos tienen en común con nosotros el que ellos viven en familia, lo que en la época moderna se llama: teoría. Y así como una familia, tan vertical³ como sea, se ordena en función de relaciones de parentesco que forman estructura, lo mismo sucede con los conceptos que son siempre jerarquizados según ciertas estructuras propias a los modos de pensar que los han producido. Pero ahí, la cuestión vuelve a cobrar actualidad:

² Para introducir verdaderamente esta cuestión, remitirse al excelente libro de Camille Bérubé (O.F.M.): *La connaissance de l'individuel au Moyen Age*, PUF, Paris, 1964.

³ Tuyau de poêle : La estructura (u organización) en tuyau de poêle se llama en español **estructura vertical**. Es por lo visto una manera de enumerar los elementos de un todo, de ponerlos en secuencia. Se trata de varios trozos encajados unos en otros sucesivamente.

si el abordaje nominalista dice que a todo concepto le existe un referente singular, al menos, ¿es que existe un referente del *orden* en el cual se encadenan? ¿Se puede decir que las articulaciones del mundo real y las articulaciones de nuestro pensamiento, tan justas como sean en cada circunstancia, coinciden?

Es bajo el ángulo de esta cuestión que abordaré la relación del síntoma con la estructura, partiendo del principio de que un síntoma, psíquico o somático, se debe ordenar del lado de las realidades singulares de las que sería muy audaz el poner en tela de juicio la existencia. Pero vayamos lentamente.

Un síntoma no existe como tal sino para quien sabe leerlo, para quién sabe poner en movimiento un aparato de lectura, es decir aplicar sobre lo que liberan sus sensaciones (visuales, auditivas, olfativas, etc.) las determinaciones (lingüísticas) que vienen de otra parte. Como todo trabajo de lectura, este último apunta a las identificaciones término a término que permiten pasar de lo *continuo cuantitativo* de la sensación a lo *cualitativo discreto* de la descripción, primer esbozo de la comprensión intelectual del “fenómeno”. Primera “traición” de las sensaciones sin las cuales nada es posible, y entonces primera posibilidad de error, enorme. Es ahí que cada “lector” tiene que hacer prueba de sagacidad y de experiencia, valores esenciales a este nivel. Pero otras dificultades, más sutiles aún, están aún sobre nuestro camino.

En efecto, aplicar a estas sensaciones que son siempre nuevas los términos conocidos tiene muchos méritos: de entrada, el de hacer del mundo que nos rodea menos extraño y menos traumático. El aprendizaje de un aparato de lectura, cualquiera sea, comienza por hacer más familiar al mundo, es decir a limitar nuestros esfuerzos de adaptación. Pero, haciéndonos pasar de lo siempre nuevo a lo “bien conocido”, dicho aparato nos libra otra de sus facetas. Suministrándonos un cierto número de términos generales, nuestra descripción los vuelve a ligar a otras que la observación misma no hubiera hecho surgir nunca, y esto en virtud de las propiedades intrínsecas del aparato. Por ello, primera ventaja (y primer inconveniente si se piensa en las nuevas e innumerables posibilidades de error así creadas): la atención del “lector” va a ser arrastrada hacia las nuevas vías, hacia las cuestiones que va entonces a poder plantear al material de su observación.

Supongamos mientras tanto este tiempo acabado y nuestro lector, entonces, en posesión, no más de sensaciones continuas, ni de términos dispersos, sino de un conjunto ligado de términos cuya concatenación tiene por efecto el producir lo que es necesario llamar justamente un ser, circunscripto si no independiente, que en el campo de la patología conviene nombrar: síntoma.

Este síntoma se considera pertenecer a la realidad del hecho que un sujeto (lector) se presenta garante, por su enunciación misma, de la presencia en él de percepciones que “responden” de alguna manera a los términos que utiliza para describirlos. La distinción de estos dos niveles es esencial para ver lo que pone en juego la apelación a la noción de estructura.

Escuchando, este ser que es un síntoma puede justamente - es incluso el caso más general- ser vuelto a ligar en nuestro aparato de lectura a los seres de misma naturaleza, esto que arrastra la promoción de un ser más vasto y más complejo, el *síndrome*, composición reglada y articulada de síntomas. Pero este síndrome tiene en común con el síntoma que él no es otra cosa que un conjunto descriptivo: la estructura tiene otras ambiciones.

En la conducta médica clásica, la causalidad explicativa del síntoma no interviene sino en el nivel de la etiología, cuando se puede hacer que con ello se encuentre algo verificable. Pero es justo allí que la psiquiatría hace un paso al lado de la mirada de la medicina: nada asegura – por fuera de los credos que se deben muy poco a la experiencia – de la predominancia de una etiología, ni incluso de un “sector” etiológico determinado. Excepción hecha para la gloriosa P. G.⁴ (y algunas otras), la cuasi-totalidad de las “enfermedades” (?) psiquiátricas se ven hoy incorporadas a tres grandes tipos de etiología, que no hago más que recordar:

- *somática*: para aquellos que, fieles al modelo médico y al precedente de la P. G., se encarnizan en pensar que no podría haber “enfermedad mental” sin una modificación del soporte somático y a partir de allí concluyen, intrépidamente, en una etiología somática de síntoma dichos “psíquicos”;
- *social*: es el hecho de la anti-psiquiatría y de la psiquiatría social que ha generalizado la hipótesis de una etiología social de los trastornos mentales, hipótesis incluso anterior a estos movimientos, ciertamente, pero relativamente tímida hasta ellos.
- *psíquica*: está ahí esencialmente el psicoanálisis que ha defendido, tan lejos como podía (y con frecuencia, ¡incluso más allá!), la hipótesis psico-genética de los trastornos mentales.

A esta enumeración hay que agregar una actitud que, hoy como ayer, tiene mucho éxito; apelémosla: *ecléctica*. Es la psiquiatría médica en el mejor sentido del término: ninguna etiología es aquí prioritaria, cada una puede jugar aisladamente o concurrir con las otras, según las proporciones del punto de vista en las que el psiquiatra tiene que determinar su

⁴ Parálisis General Progresiva. 4º período de la Sífilis.

conducta terapéutica. Esta posición tiene para ella el mérito del buen sentido, sobre todo cuando se sabe de las exageraciones a las que han llegado los sostenedores de una etiología prioritaria. Pero los méritos del buen sentido son muy frecuentemente contrabalanceados por lo que conservan de inercia mental: se puede subrayar en efecto que la actitud ecléctica comparte enteramente la idea de sus colegas, según la cual la causalidad actuante en las enfermedades mentales es de la misma naturaleza que la causalidad psíquica que nos rodea, en nuestro buen mundo euclidiano. Por lo tanto es justamente en este punto - ¿con qué causalidad tenemos que vérnosla a propósito de las enfermedades dichas mentales?- que la invocación de la noción de estructura plantea una cuestión principal: esto por lo que guardaré todavía algunos instantes a distancia el buen sentido.

La noción de causa y las limitaciones internas de los símbolos

Cuando, en el vasto campo del conocimiento, invocamos la noción de *causa*, planteamos implícitamente un postulado, ya sea metafísico: la razón humana puede comprender el ser y la razón de ser de las cosas, ya sea epistemológico: que considera que el conocimiento comienza con la experiencia, y se define la causalidad como una manera de organizar sistemáticamente los hechos empíricos y de darles sentido.

La no explicación de tales postulados tiene graves consecuencias en nuestros días, en el sentido de que la epistemología y la metafísica son habitualmente confundidas, y creemos entonces firmemente que las causas que producimos de una manera esencialmente *formal* (simbólica) son las causas *materiales* (reales)

Llegados a este punto, efectuemos un breve paralelo con fines didácticos: las efemérides constituyen un conjunto de enunciados descriptivos que contienen numerosas informaciones sobre la posición de los planetas cada día del año, pero lógicamente independientes las unas de las otras. De igual manera nuestros síntomas. Por el contrario, la ley de Kepler permite ligar sistemáticamente estas informaciones separadas, sin ninguna intervención de la noción de causa: no tenemos que tratar sino con las leyes de composición. Tales nuestros síndromes. Solo la mecánica newtoniana permite hacer inteligible el lazo que existe entre las tres leyes de Kepler: la atracción universal es una causa, de la cual Newton mismo supone que Dios está ahí para sostener la existencia en tanto que material. En otros términos, no comete el error que nos es tan usual: el sabe que produjo una causa formal que, en tanto tal, se integra y ordena el conjunto de los cálculos; pero no la confunde con la causa material que hace que cada masa está “advertida” de la presencia de las otras masas. Esta bienaventurada adecuación de la causa formal y de la causa material es un misterio propiamente divino para él (y es

necesario no olvidar que Newton ha consagrado los tres cuartos de sus escritos a los problemas teológicos.

A más de dos siglos de esto, por otra parte, Einstein dio testimonio de la misma posición confesando: “Lo que hay de verdaderamente incomprensible es que el universo sea comprensible”, dicho de otra manera: que seamos hábiles de hacer con las causas formales –las pequeñas letras- las predicciones exactas sobre el mundo real.

Éxito sin igual de la ciencia, pero éxito peligroso que nos conduce directamente a un triunfalismo de mala ley, el que nos sopla siempre en la oreja que nuestro pensamiento, si se sabe cuidar del error, nos libra de las articulaciones reales de este mundo. Esto es verdad si, y solamente si, solo tomamos en consideración el mundo euclidiano.

Porque para avanzar en las avenidas de la ciencia más allá de este mundo euclidiano que es, grosso modo, aquel de nuestras percepciones directas, fue necesario decantar esta maravillosa adecuación de la *idea verdadera* y del *mundo real*. La estética trascendental kantiana no sostenía más el resultado, no solamente porque el tiempo y el espacio perdían su “a prioricidad” en razón de la eficacia de la teoría de la relatividad, sino más aún por el estremecimiento del concepto de causalidad introducido por la mecánica cuántica.

Esta última afirma –sobre la base de experiencias perfectamente concluyentes – que es rigurosamente imposible describir el estado de un sistema físico (el átomo) por fuera del tiempo mismo de observación. Subrayemos bien que hay un hiatus muy fuerte con la mecánica clásica en la cual los sistemas estudiados son todos predicables por fuera de la observación que hago de ello: siempre puedo decir cuál será la posición de Saturno en una fecha dada, y si mis cálculos son exactos, aquello será verdadero, independiente de que yo observe o no a Saturno en esa fecha. Cosa imposible con un electrón: solo puedo predecir – estadísticamente – la rapidez y la posición de un electrón en el cuadro de una observación determinada. Es decir que a este nivel, *no es riguroso sostener que existe una realidad independiente de la observación*⁵. He aquí lo que pone patas para arriba de manera singular nuestra concepción del mundo, aquella que se nos ha endosado sobre los bancos de la escuela, que está de acuerdo manifiestamente con nuestras vivencias cotidianas. Los hechos psíquico, por su parte, me parecen mucho más electrónicos que saturninos, mucho más cuánticos que newtonianos. Y esto no es por el hecho de un subjetivismo un poco chato que volvería señalar que ahí donde un psiquiatra haría un diagnóstico “x” otro establecería un diagnóstico “y”, sino por esta evidencia difícilmente

⁵ Sobre este punto cf. cf. Werner Heisenberg, *La partie et le Tout*, Albin Michel, Paris, 1972, et *Physique et philosophie*, Albin Michel, Paris, 1961. Para ir más allá: *Albert Einstein-Max Born: correspondance 1916-1955*, Paris, Le Seuil, 1972.

irreductible de que no existe “realidad psíquica” fuera del desfiladero de la palabra, comenzando por aquella que el paciente, en primer lugar, produce. Y si el lenguaje ya no es más considerado como este auxiliar más o menos fiel que he puesto en escena hasta aquí, estalla lo absurdo de la generalización de la *hipótesis realista*, tan cara a nosotros por todo lo que nos asegura de confort intelectual.

Entiendo por hipótesis realista la concepción que supone una “realidad primera” (lógica y cronológicamente) del trastorno, cuya “realidad” sería descripta empíricamente por el enfermo, y luego técnicamente, si no científicamente, por el practicante. Esta óptica, tan verosímil como ella sea, me parece fundamentalmente errónea porque solo hace intervenir el lenguaje como posibilidad de descripción (yo decía: aparato de lectura), es decir, provista de una perfecta neutralidad desde la perspectiva del trastorno. Entonces, no haría más que supervisar el rigor de su adecuación a la “realidad” supuesta. Por lo tanto este lenguaje presenta solo para él las coacciones que influyen de tal manera sobre la supuesta “descripción” que, lejos de ser neutra, es parte absorbente - ¡y cómo! - en la “realidad” del trastorno.

Para iluminar nuestra linterna, prosigamos nuestro paralelo con la física clásica. Después de Newton, ella elaboró progresivamente un lenguaje cada vez más complejo para describir los fenómenos, para transcribirlos en los términos matemáticos que permitieran un cálculo: el cálculo infinitesimal, tanto como un gran número de otros descubrimientos puramente matemáticos, que vinieron a agregarse a la lengua natural, que autorizan al físico a una descripción y una previsión cada vez más fina de los fenómenos. Es entonces que se ha tomado en cuenta que este lenguaje maravilloso de las matemáticas, al que la naturaleza hubo de responder de buen grado, presentaba contradicciones. Los mejores espíritus se hubieron conmovido de ello, juzgando que era una situación imposible puesto que la verdad puramente matemática, que solo se basa en la demostración, apela forzosamente al principio de contradicción. Hacia fines del siglo XIX ellos se pusieron a trabajar, muy decididos a promover que la verdad matemática no era solamente local, sino sobre todo universal.

De esta manera se abrió lo que se ha convenido en llamar “la crisis de los fundamentos”. A sus artífices les bastó una cuarentena de años para desengañarse. La aritmética, parte esencial de la matemática, resistía sólidamente a todos los esfuerzos por establecer demostrativamente que no era contradictoria. Además, en 1931, Godel demostraba que un sistema formal – ejemplo si lo hay de esta lengua perfecta de la que soñaba Leibniz

para la ciencia – conocía las limitaciones internas que determinan sus desarrollos como sus aplicaciones⁶.

La hipótesis de una lengua (formal) que describa posiblemente los fenómenos reales de manera adecuada se hundía en el mismo movimiento; más exactamente (porque la mecánica clásica continua siendo perfectamente válida en el mundo euclidiano), esta adecuación, que provocó el estupor de Newton, de Einstein y de muchos otros científicos, revelaba su carácter *local*: un lenguaje no contradictorio, tan perfecto como él sea, no puede pretender servir a la descripción del conjunto del mundo real en un sector dado (físico por ejemplo). De golpe, causa formal y causa material se volvían a encontrar desolidarizadas, y esto, subrayémoslo, en el cuadro de un pensamiento científico perfectamente riguroso.

Muy bien. Pero la lengua natural, dirán ustedes, ignora este principio de no-contradicción; ¿entonces ella no es apta para describir el conjunto de la “realidad”, la psicopatología, puesto que es ella lo que aquí nos interesa? La cuestión quedaría abierta si no se nos impusiese ahora otra comprobación: un sujeto particular (nosotros no tenemos que vérnosla con otra cosa) ¿puede producir cualquier enunciado? A priori: sí. Pero el psicoanálisis, con su hipótesis del inconsciente, ha venido a poner su grano de sal en esta evidencia: el psicoanálisis experimenta cada día el hecho de que un sujeto singular no puede producir un enunciado que diría, sin apelación, su relación al campo de la palabra en el que el se baña, este campo que lacan, el primero, nombró: el Otro.

El sujeto, para hablar dice: “yo” [je], pero el se agota en cernir las determinaciones de este “yo” [je] sin encontrar jamás otro apuntalamiento que el fantasma del que no tiene idea. El sujeto dice “je”, pero no sabe lo que dice *cuando lo dice*, y esta es la condición necesaria de la enunciación.

Ciertamente, a este “yo” [je] no le faltan los predicados, y ellos bien pueden ser cualquiera; siempre se equivocarán de medio a medio. Se recordará probablemente que cuando Moisés le demanda a Dios su Nombre, ese que subsumiría todos los otros, Dios le responde de tal manera que todos los exégetas han tenido siempre problemas para traducirla, que habitualmente es traducida por: “Yo soy aquel que es”, y a la que Lacan le ha gustado darla vueltas para decir: “soy esto que es el yo”⁷. En esta traducción, el “je” viene al lugar del Nombre impronunciable de Dios. Es respecto a esto que nuestro ejemplo de limitaciones internas de los sistemas formales nos producen un precioso análogo de lo que es elaborado a nivel de la palabra. Así como un sistema formal no

⁶ Cf. Jean Ladrière, *Les limitations internes des formalismes*, Gauthier-Villards, Paris, 1957.

⁷ “je suis ce qu’est le je”.

puede asegurar la demostración de su no-contradicción, un sujeto tampoco puede producir muchos enunciados, salvo aquel que diría de su relación con el conjunto de los enunciados que él ya ha producido. ¿Lo querría? Jerárquicamente equivalente a sus colegas anteriores él no articularía nunca sino un enunciado de más: paradoja sobre la cual un Russell, a su manera y en su campo, ha marcado un tanto de manera decisiva para el pensamiento occidental.

¿Es necesario entonces, perder toda esperanza por la palabra? No veo por mi parte cómo separar en su totalidad esta falta de esperanza por alguna ambición de apoderarse esto que llamaría, por el momento y a falta de algo mejor, su verdad. Pero quien permanezca en ello no tardaría de darse cuenta también que este nihilismo no es más que una pereza desde el punto de vista del espíritu, un refugio para la ignorancia y el embuste. Esta desesperanza no me parece admisible sino como escansión, en una búsqueda: cuando un sujeto se pone abiertamente en la posición de recorrer los infinitos enunciados posiblemente pronunciables, y que ésta infinitud le aparece elaborada por ninguna otra cosa que la sola encrucijada de su enunciación ¿cómo no desesperaría de la finitud que se le impone en eso, de manera sensible?

Puede decirse entonces: ¡La repetición es mi pan cotidiano! Y efectivamente, es de ahí que extrae subsistencia y existe: de eso mismo que condiciona la enunciación. Aproximémonos con paso amortiguado porque hay que apostar fuerte a que estas cosas son aptas y ágiles hasta el extremo.

La causa material y su proceso

El sujeto, decía, el sujeto que dice “yo” [je], no encuentra otro soporte para sus propósitos que el de un fantasma del que no tiene ninguna idea; esto es afirmar con fuerza que lo que le hace límite a la enunciación, y que por eso mismo la condiciona, no se ofrece al empirismo cotidiano. Ha sido suficiente una práctica, la freudiana, y una mirada sobre esta práctica, la de Lacan.

¿Qué es un fantasma? Es una frase – o al menos un fragmento de discurso portador de una gramaticalidad- que no tiene necesidad de ser admitida en la conciencia sujeto para operar, es decir para dictarle una postura que es parte integrante del cumplimiento de su deseo. Sobre este punto, los psicoanalistas no han sido los únicos en remarcar que si existía un objeto del deseo para un sujeto, no existía como tal sino a condición de que el sujeto tome en consideración una cierta postura. El fantasma, repitémoslo, está ahí para asegurar la efectuación de esta postura cuando el deseo está sobre los rieles de su cumplimiento.

Va de suyo que emplee aquí esta palabra “fantasma” en un sentido “fuerte”: no la idea más o menos bizarra que se ofrece al sujeto en sus ensoñaciones, sino esta matriz que se deja progresivamente adivinar en el hilo de un análisis cuando el sujeto, que ha desgranado muchas veces su rosario de síntomas, sueños, actos fallidos, lapsus, deja entrever en el juego de la transferencia lo que no ha podido llevar al campo de la palabra porque está más allá de toda memoración posible: su fantasma, organizador de manifestaciones del inconsciente que se han revelado ser las suyas.

Este fantasma matricial, lacan propuso de ello una escritura genérica que liga el sujeto al objeto *causa* de su deseo: $\$ \langle \rangle a$ (a leer: S barrado poinçon de pequeño a). Se dice sujeto barrado por la imposibilidad en la que se encuentra (y de la que trato de poner en evidencia) de *decir* lo que causa su deseo, es decir, de llevar esta causa al mundo de los fenómenos por el proceso de la palabra, y de encadenar así, posiblemente, un saber; y esto por la buena razón de que este sujeto no es embargado por ninguna otra cosa que por esta *causa del deseo*: (a). Esta es una concepción del sujeto muy diferente, se lo habrá adivinado, de la psicológica, en la que el “sujeto” se encuentra siempre encargado de integrar más o menos bien lo que se ofrece a él como “tironeo”, como “tendencias”.

Este objeto causa del deseo -a- viene al sitio que designé hasta el momento de *causa material*. Esta causa material que condiciona la posibilidad y la singularidad de la enunciación de un sujeto es un objeto paradójal en el sentido de que *ella no es representable*, lo que no suprime en nada su eficacia. En efecto, si una causa formal no es otra cosa que la representación de una causa material *supuesta* (ejemplo: la atracción universal), solo podemos *plantear* esta causa material *sola*, fuera del campo de la representación. Y estamos obligados de plantearla sola – contrariamente a lo que ocurre en la ciencia en la que la causa material no existe más que flanqueada de una causa formal, de una determinación – en razón de las limitaciones que hemos descubierto tanto en los lenguajes formales como en las lenguas naturales. Hemos entrevisto en ello que al llevar la investigación un poco más lejos que el que nos inspira nuestro “buen sentido”, lo real excede necesariamente el aparejo simbólico con el cual nos aplicamos a describirlo: y esto vale excelentemente para la enunciación, para el agente de este lenguaje en el que estaríamos tentados de confiar en lo que atañe a la descripción de los trastornos en los que nos interesamos.

¿Sentir entonces que este agente – sujeto de la enunciación- no es en nada el observador imparcial de los síntomas que tenemos que conocer, sino que, al contrario, él es lo que se aloja en su trama de tal manera que ninguna “lectura” (realista) podrá nunca actualizarla? Tal como el hurón, se desliza de una significación a la otra, y detenerse en las significaciones es ser forzosamente su incauto.

La apuesta estructural

Lo fuerte de este saber es que se impone la apuesta estructural. Vuelve a plantear que lo manifiesto de un sujeto (sus síntomas) se articula a partir de una matriz; dicho de otra manera, que sus síntomas son calculables. Esto implica que se de entrada a los invariantes estructurales (que la experiencia analítica ha forjado), a partir de los cuales pueden situarse estos síntomas.

Estas estructuras no lo son en número indefinido: así se ha podido, no digo definir, sino esquematizar las estructuras histéricas, obsesivas, perversas y psicóticas, a partir de puntos nodales como, la represión en las neurosis de transferencia, la renegación⁸ en la perversión y la forclusión en la psicosis. Pero, si uno se detuviera allí, el trabajo sería nulo, y la apuesta estructural vana. Explicar los síntomas histéricos por la puesta en práctica de una “estructura histérica”, o la psicosis por la “forclusión”, equivale a hablar de la virtud dormitiva del opio.

Hacer la apuesta estructural, es, desde mi punto de vista, *llevar lo más lejos como sea posible* el juego de la causa formal de una manera relativamente reglada, pero no es para detenerse allí. Si frente a tal paciente, y provisto de cierto número de síntomas. Hago la apuesta de una estructura obsesiva, me obligo a tratar de integrar en esta estructura todas las manifestaciones de lo inconsciente que puedan venir. El eclecticismo, en este momento, ya no es más admitido. Pero es entonces alrededor de esta exigencia de univocidad que pueden – y deben- situarse las producciones aberrantes desde el punto de vista de la estructura planteada.

Nuestro trabajo no es, en efecto, de comprender de locamente lo que se manifiesta, sino de arribar a comprender lo que hay que comprender en cada caso particular, es decir, de arribar a saber lo que escapa al juego de la estructura.

Sea un ejemplo: en la actualidad es banal, según los kleinianos, de invocar el “nudo psicótico” en el corazón de toda neurosis. Este camino, se habrá comprendido, me parece peligroso en el sentido de que ahí donde el analista no es más capaz de seguir a su paciente en los dédalos de una neurosis que hubo observado precedentemente, en lugar de marcar su ignorancia, se arma de un saber que le viene de otra parte (la psicosis), y que chapucea para hacerlo corresponder a lo que escucha. Que llegue a hacer de esta chapucea algo convincente no es prueba de nada, sino de su incapacidad para ser sorprendido, de mantenerse en la incompreensión que es por mucho la raíz de toda escucha”

⁸ En francés: “deni”. Cf. Cap. correspondiente en el libro de Claude Rabant “Inventar lo real”.

Pero, ¿Por qué una neurosis no se descompensaría en una psicosis? ¿Por qué esta aparente rigidez conceptual? ¿No es mejor seguir las fluctuaciones que aparecen? Pero salvo error inicial grosero, no al precio de olvidar lo que por un tiempo ha fundado nuestro modo de lo sintomático, de los “hechos”. Recordemos que durante mucho tiempo se objetó a la ley de la caída de los cuerpos el “hecho” de “la ascensión de los cuerpos menos pesados que el aire”. Y entonces, si los fenómenos de apariencia psicótica sobrevienen en el cuadro de una neurosis, es necesario intentar – aún una vez más: si la estructura neurótica planteada anteriormente lo había sido a justo título – de dar cuenta de estos fenómenos desde el punto de vista de la neurosis, y no arrojar sin consideración fuera de la borda la apuesta que había sido hecho.

Por ello, otra objeción, la que no desconoceré más por mucho tiempo. ¿Cuál es la diferencia de lo que llamo “apuesta estructural” con la apuesta diagnóstica que todo terapeuta está obligado a hacer? La respuesta es fácil: un diagnóstico es o confirmado o inválido. En el primer caso, ninguna cuestión. En el segundo, si se comprueba falso, se lo abandona y se busca otro más apropiado. Solo se concluye en las formas “atípicas” en los raros casos donde ningún otro diagnóstico puede ser invocado.

La apuesta estructural es más arriesgada en cuanto que, una vez planteada, es necesario saber que ella conduce siempre a las formas “atípicas”, y que en consecuencia, no es necesario apurarse en abandonarla cuando parece no cumplir más su oficio. *Ahí donde la estructura es excedida – de manera insistente – por los “hechos”, ahí está la cuestión que es necesario empeñarse en formular.* Es lo que no ocurre jamás si se abandona precisamente este punto para ir a ver en otra parte si allí el sujeto es.

Ser fiel a la hipótesis de la estructura no consiste en reducir la especificidad de estos “excesos”, sino en preguntar que vienen a hacer allí. La cuestión es más arisca, pero seguramente más prometedora que la producción con fines descriptivos de categorías nosográficas “todo terreno”, que no sirven más que para embarullar las cosas.

Hacer un diagnóstico es hacer una suposición sobre la presencia de una causa material de la que se tiene una idea; esta se revelará verdadera o falsa. Hacer la apuesta de una estructura, es jugar el juego de la causa formal para no tener que hacer ninguna suposición sobre una causa material, excepto que ella existe; esto a lo cual estamos obligados, si reconocemos que es rigurosamente imposible hacerse una idea de la causa material de un sujeto que valga sin haber agotado la comprensión del caso, esto para lo cual nos sirve, precisamente, la estructura que hemos planteado como que es, no lo real del sujeto, sino el cuadro conceptual a través del cual se teje la trama de nuestra escucha. Que un día ese cuadro se revele inapropiado no es una crítica en cuanto a su empleo; todo lo contrario: es su destino.

Conclusión

Lo verosímil es excedido por la verdad, es por ello que la hipótesis de la estructura nos presta ayuda: para que de nuestras opiniones esparcidas hagamos una red donde agarrar la verdad del sujeto. Pero esta verdad es ella misma excedida por lo real, y ahí donde nuestra red se agujerea, ahí donde la verdad desfallece, lejos de dar media vuelta para volver con nuestros petates a la casa de nuestro entendimiento, es ahí donde somos provocados a hacer cesar la necesaria quimera de la comprensión para, retomando de alguna manera las palabras de Einstein que citaba, nombrar al sujeto esta punta de real perfectamente cualquiera al que su ser está enteramente suspendido.